do por el trabajo como cuando veinte años antes se había propuesto llegar á ser algo ó perecer en la demanda.

Su hija, que tenía ya catorce años, era una rubia encantadora de carácter decidor, pero llena de franqueza y rectitud. Para David no existía sobre la tierra criatura alguna que pudiera rivalizar con Cecilia, y cuando la veía bailar en las reuniones de confianza que Luisa daba todos los inviernos para que las muchachas se divirtieran, experimentaba el más delicioso de los goces. No por eso dejaba de fijar sus ojos en Luisa, y si él mismo hubiese tenido que decidir cuál era la más encantadora de entrambas, hubiera concluído por incluirlas en la misma admiración para que en nada excediera la que por una ú otra sentía.

A decir verdad, Luisa se había conservado de tan maravilloso modo, que á los treinta y cuatro años, parecía no tener más que veinticinco. En sus negros cabellos no se divisaba el menor hilo de plata, su altanero rostro había adquirido la plenitud aterciopelada del maduro fruto, y conservaba siempre la natural esbeltez de su talle. Jamás había estado tan hermosa y uníase á esta hermosura la elegancia y exquisito gusto de sus trajes, pues figuraba entre las diez ó doce mujeres que mejor visten en París, y cuando ocupaba su palco en la Ópera, producía siempre una viva sensación entre los espectadores de las butacas. Hacía y gastaba cuanto quería y sus cuentas se pagaban en la caja de Herbelin sin mandato anticipado de éste, quien por otra parte jamás se permitía hacer la menor

observación á su esposa, no ocurriéndosele nunca el criticar ninguno de sus actos, ni aun observar las locuras que hacía comprando encajes, alhajas y costosas pieles. Ocurríasele, eso sí, elogiar tal ó cual collar de perlas, al cual, según él pensaba, daba realce el blanquísimo y escultural cuello de Luisa.

Tan sólo se diferenciaba el afecto que David sentía hacia Luisa y Cecilia, en que hacía á ésta frecuentes regalos y jamás á aquélla. Y se comprende. Dejaba á Luisa en completa libertad de comprar todo aquello que le viniera en mientes, mientras él aguzaba el entendimiento, en medio de las muchas preocupaciones que sus negocios le proporcionaban, para buscar y adquirir aquello que fuese más del agrado de Cecilia. Y entonces, cuando llegaba á su casa, guardando cuidadosamente en su bolsillo el estuche que encerraba la preciada joya, bien fuese con motivo del cumpleaños ó de otra fiesta cualquiera, eran de ver los transportes de gozo, las emociones, y sobre todo los besos, que él hubiera pagado á buen seguro á cualquier precio. Aquel hombre lleno de ocupaciones y del cual algunos consejos de administración reclamaban en vano su presencia, pasaba tardes enteras recorriendo almacenes y tiendas con Cecilia, una vez terminados sus asuntos, contento y satisfecho de poder satisfacer el menor de sus caprichos.

Por más que Luisa fuese muy dada á las reuniones y al trato social, jamás se le ocurrió á David privarla de aquel placer: tal confianza tenía en su

virtud y de tal modo hallábase libre su pensamiento de abrigar la menor sospecha, que algunas veces solicitaba su permiso para ir á terminar un trabajo urgente y la dejaba sola en su palco de la Ópera, confiándola con absoluta seguridad la guarda de si misma, no obstante su belleza y á pesar también de lo solicitada que se veía por muchos adoradores. No se equivocó Herbelin durante mucho tiempo. Luisa se había contentado con brillar pasando tranquila y fría por entre aquellas adoraciones, lo cual no tenía gran mérito, si se tiene en cuenta que su orgullo, al propio tiempo que su frío temperamento, la ponían al abrigo de toda seducción. No podía aceptar la idea de una caída moral, y ninguno de los que á ella se habían dirigido le habían hecho concebir ni menos soportar la idea de entregarse á ellos. Contaba ya treinta y cuatro años y Cecilia catorce, cuando se la presentó el hombre que debía vencer por fin todas aquellas resistencias.

Se vieron por vez primera en la inauguración de un camino de hierro de interés local en el departamento del Oise. David y Luisa habían ido á pasar el mes de julio en la Neuville, y nuestro diputado provincial hubo de abandonar su laboratorio para asistir á la apertura de la línea, que él mismo había obtenido en beneficio de sus electores. Hallábanse en la empavesada estación, el prefecto, uno de los administradores del ferrocarril del Norte, diez ó doce señoritos de los pueblos comarcanos, los bomberos y, por fin, un centenar de campesinos. Luisa, para quien aquella reunión resultaba poco agradable, al dejar vagar sus miradas y escuchar con aire distraído el discurso del prefecto, que ensalzaba todas las riquezas que debía reportar á los moradores de aquel valle el ferrocarril económico que en aquellos momentos se inauguraba, fijó de repente su atención en una fisonomía, cuyo aspecto, nada banal, le hacía sobresalir del resto de la concurrencia.

De pie y recostado en uno de los palos en cuyo extremo flotaban al viento varias banderolas, un joven la miraba con no disfrazada admiración. Sentado á su lado hallábase un anciano de blancos cabellos, que con aire cejijunto y altanero, parecía comentar irónicamente el discurso del prefecto. El joven movía la cabeza con forzada sonrisa, pero se advertía bien á las claras que no prestaba gran atención á lo que su venerable compañero le decía; hallábase tan por completo entregado á su contemplación, que aunque el prefecto hubiese prometido una fortuna á la provincia, que el delegado de la compañía del Norte ofreciese transportar gratis todas las mercancías, que los bomberos hubiesen jurado y perjurado que ya no habría incendios, y que por fin, los cien campesinos, que sudaban la gota gorda bajo los ardientes rayos del sol, hubiesen declarado solemnemente que no entendían una sola palabra de todo cuanto oían, no hubiese perdido un solo instante de vista á la hechicera mujer que ante él se hallaba.

Sin embargo, y muy á pesar suyo, vióse en la necesidad de mirarla con cierta reserva: ella acababa de hacerse cargo de aquella persistente mi-

rada y le examinaba á su vez con extrañeza. El joven observó que Luisa, inclinándose hacia su marido, le hacía una pregunta que le concernia sin duda, pues Herbelin, dirigiendo la vista hacia el sitio donde se hallaba, contestó algunas palabras que hicieron asomar una sonrisa desdeñosa á los labios de Luisa; ésta cesó de mirar por completo de aquel lado como si aquel hombre no existiese para ella en el mundo. Un tanto despechado, afectó asimismo el joven no volver á ocuparse de Luisa para nada.

He aquí el diálogo entablado momentos antes por los dos esposos:

—¿Quién es el joven rubio que se halla de pie al lado de aquel anciano?—preguntó Luisa.

—Es el hijo del marqués de Condottier; su padre, que es aquel anciano, habita el castillo de Montibilliers. Ha sido mi contrincante vencido hace diez años en las elecciones provinciales, y desde entonces viene siempre sucediendo lo mismo en cada elección.

—Sin duda es por eso por lo que su hijo nos mira tan fijamente.

—No; quizás por curiosidad. Se halla muy ocupado ese chico con sus placeres y no le queda tiempo para pensar en ambiciones políticas... En cuanto al padre, no ha aceptado su derrota con resignación... Es un ferviente legitimista y se consideraba inamovible... Para mí, le creo lleno de rencor...

—Que se quede con él y que le aproveche.

Dió fin la ceremonia y ambos esposos, después de cambiar algunos saludos con los personajes oficiales y de dirigir algunas frases de cortesía á los electores influyentes, regresaron á la Neuville, y los Sres. de Condottier al castillo de Montivilliers. Más de un año había transcurrido desde el primer encuentro de Luisa con su admirador, al cual había ya dado por completo al olvido, cuando la casualidad hizo que se hallasen una vez más frente á frente.

Verificóse el susodicho encuentro en Deauville, en casa de la baronesa de Prefond, cuya posesión estaba contigua á la que habitaba Luisa. Mediaron, desde luego entre ambas, relaciones de la mejor vecindad, impulsadas por el particular afecto que David profesaba al gran industrial Derblay, pariente de los Prefond; más tarde aquellas relaciones tomaron un carácter más íntimo, gracias también á las interminables horas de ocio de la vida balnearia. La víspera de las carreras estaba Luisa invitada á comer en casa de la baronesa, en compañía de algunos parisienses que habían ido á pasar la semana. David regresó á París á causa de sus negocios, dejando á su mujer sola con Cecilia, y confiando ésta á los cuidados de la institutriz, aceptó Luisa la invitación de su nueva amiga. Llegó temprano y hallábase tomando el fresco en la terraza, en tanto que en el salón departían los hombres sobre sport y las señoras hablaban de lazos y trajes, cuando hizo volver sus miradas un ruido de pasos que hollaban la menuda arena del jardín. Vió entonces á la baronesa de Prefond y á su lado un joven cuya fisonomía no le era desconocida. Hablaban con cierta familiaridad y la baronesa reía en

alta voz al escuchar lo que el recién venido la decia. Iba el joven vestido de rigurosa etiqueta y los últimos rayos del sol poniente doraban en la descubierta cabeza sus largos y rubios cabellos, separados en el izquierdo lado por finísima y blanca raya. Al ver á Luisa dirigióse hacia ella la baronesa, y presentando á su acompañante la dijo:

—El señor marqués de Condottier, mi amigo de la infancia, que ha venido para tomar parte activa mañana en las carreras, y probablemente también para romperse algún hueso...

—¡Mil gracias por el pronóstico!—dijo riendo el joven;—pero en fin, no llega usted á matarme y le agradezco la bondad...

La baronesa le interrumpió y dijo designando á Luisa:

—Pero ahora que recuerdo, habitan ustedes el mismo país; Montivilliers no está lejos de la Neuville...

Al oir estas palabras los labios del marqués se contrajeron y una marcada expresión de desdén se pintó en su semblante. Inclinóse ligeramente y sin siquiera mirar á Luisa dijo:

—La Neuville... ¡Ah! sí, ya recuerdo, los productos químicos.

Luisa se sonrojó; sus ojos despidieron chispas, y en el mismo tono que el marqués, contestó:

—¡Montivilliers!... En efecto, sí; la Diputación provincial.

Ante tan insolente respuesta, el joven levantó los ojos y una sonrisa de aprobación se dibujó en sus labios. Fijóse detenidamente en Luisa para

mejor definirla, y moviendo la cabeza lanzó una mirada á la baronesa como haciéndola comprender que su amiga era tan hermosa como inteligente. Se inclinó saludando con respeto esta segunda vez; pero fué en vano, porque Luisa le había vuelto la espalda dirigiéndose al salón. Al alejarse oyó que decía la baronesa:

—Vamos á ver Daniel, ¿qué quiere decir todo eso?

Y que el marqués respondía:

—Pues nada, que he cometido una torpeza; pero ya ha visto usted que me la han hecho pagar cara.

Durante la comida, Condottier, que se hallaba lejos de Luisa, no pudo cambiar con ella una sola palabra; llegada la noche trató de aproximarse á ella, pero Luisa supo con hábil estrategia mantenerle á respetable distancia, observando al propio tiempo con secreta alegría que era la constante preocupación del bello Daniel.

Luisa, que no había tenido hasta entonces intención de ir á las carreras, aceptó al día siguiente un sitio en el carruaje de la baronesa. Allí tuvo ocasión de ver á Daniel vestido con una blusa negra, rayada de blanco, pasar ligero como el aire montando un precioso alazán que llegó el tercero á la meta. Merced á aquella exhibición pudo Luisa recoger algunos curiosos y contradictorios informes concernientes al joven marqués. La señora de Bregy refería que después de haberse arruinado en el juego, había causado la muerte de su anciano padre, víctima de tantos disgustos: el tal marquesito vivía de expedientes, y el más honrado

de ellos era la venta de caballos en extremo caros á los extranjeros y á las mujeres alegres de alto coturno en cuya sociedad se había lanzado. En una palabra, un aventurero de bella presencia y gran nombre, que no temía á una estocada ni á los hazares del juego.

En cambio, otra de las versiones le mostraba cariñoso y solícito hacia su padre, y prefiriendo arruinarse antes que alterar ni disminuir el boato, al cual se hallaba acostumbrado el viejo aristócrata. La opinión de la baronesa de Prefond fluctuaba entre las dos antedichas versiones: tenía á Daniel por un ser algo raro y amante del peligro, aunque dotado de gran corazón, á pesar de su aparente ligereza. Añadía después la baronesa con tono de afectada indiferencia que lo que menos bueno había que referir sobre él era lo decididamente malo y peligroso que resultaba para con las mujeres.

Dicha última frase, que no hacía ciertamente el elogio del compañero de infancia de la baronesa, fué de todas cuantas Luisa había oído respecto al marqués, la que más presión ejerció en su ánimo. Creía ofensivo para ella que su amiga pretendiera ni aun en conjetura ponerla en guardia contra las pretendidas seducciones del joven, y experimentó un tan singular descontento, que prometió había de costarle caro al Sr. de Condottier; y por lo mismo que le anunciaban que era un hombre temible, ocupóse de Daniel con más preferencia y mayor tenacidad que si la hubiesen rogado mostrase algún interés hacia él. Durante la semana que permaneció en Deauville, no volvió á casa de

su amiga con objeto de no encontrarse una vez más con el marqués.

Eso no obstante, le veía con frecuencia, y las miradas que la dirigía eran tan expresivas, que no daba lugar á duda de cuál fuese su significación. Reíase Luisa de ellas, pero no con completa libertad de espíritu, pues sentía dentro de sí misma una cierta extraña turbación, de la cual se daba exacta cuenta. Llamaba en su ayuda á la razón para tratar de investigar el estado, tan nuevo para ella, en que su alma se hallaba. Después de todo, se decía á sí propia, ¿qué podría importarle aquel hombre? No era ni mejor ni peor que tantos otros que á diario encontraba en los salones; su situación social era discutible, pues aunque de familia noble, era notorio que no poseía fortuna, y respecto á su talento, que tanto alababan las gentes, había dado de él una prueba tan triste como vulgar, la tarde en que por vez primera se hablaron. No debía además entrar en el estrecho círculo de sus relaciones íntimas, pues David le conocía de vista tan sólo.

Todo el mérito que podía reconocérsele, consistía en el arte de devorar tres mil metros sobre un caballo á todo galope sin que jamás alcanzase el premio, lo cual resultaba algo ridículo y en todo caso poco digno de llamar la atención, á no ser entre la clase de gente un tanto heterogénea objeto preferente de su trato.

A pesar de todo esto, no se le ocultaba á Luisa que había algo que la obligaba a pensar en él. ¿Qué especie pues de sortilegio la hacía obrar de aquel modo? Indudablemente ninguno: era de ella mis-

ma de quien partian todas aquellas ideas, todos aquellos sentimientos, y convencióse fácilmente de ello desde el instante mismo en que el joven marqués abandonó á Deauville para trasladarse á Dieppe, donde debía lucir nuevamente su blusa blanca y negra.

Después que Daniel se hubo ausentado, continuó Luisa pensando en él del mismo modo que antes, y á pesar de no sentir arrepentimiento alguno por la severidad que había demostrado, experimentaba, sin embargo, cierto enojo al pensar que ya no podía verle. Hizo serios esfuerzos para sustraerse á aquella obsesión, que juzgaba humillante para ella; se ocupó de su hija de un modo más activo que antes, no abandonándola más que breves instantes y hasta interesándose en sus juegos: llamó á David con gran insistencia á su lado y acudió en fin, á todos cuantos medios halló á mano. Todo fué por desgracia inútil, y su entonces agitado espíritu no volvió á recobrar su pasada tranquilidad.

Había llegado sin saber lo que era amor, á la solemne hora en que el temperamento de las mujeres se exaspera, impulsando á unas á esa actividad corporal que les hace ir, venir, viajar, cazar y trabajar con pasión y suscitando en otras una fiebre de imaginación, que se traduce en intimidades literarias ó musicales, en largas y continuadas lecturas ó en interminables sesiones al piano. Se apodera de algunas de ellas mortal languidez, que las clava, por decirlo así, durante largas horas en un sillón, y allí permanecen abatidas y casi moribundas. En otras, por el contrario, sus sentidos, hasta

entonces entregados al más profundo sueño, despiértanse con violencia, y hacen que se lance al vicio aquella misma que ha sido modelo de virtud en el transcurso de muchos años. Y esa crisis, se manifiesta siempre en el primer período de la madurez, en el que la vida ha dado ya todos sus frutos, en el que no hay que dar, en fin, más que un sólo paso para entrar en la senectud con dulce y tranquila calma.

La mujer de espíritu débil ó neurótica, sucumbe fatalmente bajo el peso de esas tentaciones, pero sabe vencerlas desde luego aquella que teniendo tan sano el cuerpo como el alma y ayudada por la virtud ó por la idea de Dios, salva con facilidad ese último tortuoso camino de la vida, en el que tantas rebeldes permanecen para siempre extraviadas.

Luisa era más reflexiva que razonable, y demasiado orgullosa además para penetrar en los límites de la resignación. Educada por un padre escéptico, desconocía todo principio religioso, así es, que en la lucha que comenzaba para ella, tan sólo su orgullo podía ofrecerle eficaz socorro, si sabía usarlo á punto y en provecho de su virtud.

Hasta el mes de Noviembre no volvió á oir hablar del marqués, que según las apariencias parecía haberse olvidado de ella. Alguna vez que otra solía ver su nombre en los periódicos, bien fuese con motivo de alguna fiesta, de alguna solemnidad en los círculos, ó de alguna arriesgada partida de polo, y no podía por menos de sonreir amargamente pensando en la futilidad de las ocupaciones de aquel hombre, al cual comparaba con David, siem-

pre en busca de un invento cualquiera ó sobre la pista de un perfeccionamiento tan útil, como inútiles eran las ocupaciones del marqués. Y sin embargo, y á pesar de todo, la silueta de Herbelin, mal peinado, con los vestidos en desorden y las manos negras cuando acababa de hacer algún experimento, tenia algo de grotesca para ella, en tanto que su imaginación le representaba á Daniel, del todo correcto, aun cabalgando á la carrera, bello, elegante, y lo que es más, altanero y desdeñoso. Aquel desdén y aquella altanería exasperaban á Luisa haciéndola arrugar su lindo entrecejo, y por hacerlo cambiar en humildad y en respeto no se sabe lo que hubiera sacrificado. Ese era precisamente el peligro, el escollo al que la conducía un orgullo, que bien entendido la hubiera hecho invencible.

En tanto que Luisa se torturaba la imaginación para alejar de ella el recuerdo del marqués, éste seguía lo más agradablemente posible el curso de su existencia. Intimo amigo del barón de Rheinsfeld, propietario de una de las más importantes cuadras francesas, obtenía de aquella amistad útiles informes sobre los caballos de carrera.

De este modo ganaba algún dinero y el juego completaba el resto. No se prestaba su carácter á inquietudes de ningún género, y era la mejor de sus cualidades un constante buen humor que le hacía tomar la vida tal cual era, sin protestas ni acrimonias de ninguna especie. Los días en que experimentaba alguna pérdida al juego, que eran muy frecuentes, no se hallaba ni más nervioso ni más

triste que en los que obtenía beneficios; unos y otros se compensaban y cual hábil acróbata, el marqués se sostenía en la cuerda tirante, sin ni siquiera pasársele por las mientes que el día menos pensado podía romperse la cabeza.

También es no menos cierto que se mostraba poco escrupuloso sobre la procedencia del dinero que gastaba, y en lo que á este particular concierne, tenía bien merecido todo lo malo que de él se decía, por más que nadie se atreviera á hacerlo cara á cara. Todo el mundo sabía cuán poco sufrido era en materia de dignidad y amor propio y lo muy certero y hábil de su mano en el manejo de las armas. Guardábase el recuerdo de un duelo en el que resultó sin vida el capitán Heresford, de los guardias escoceses, porque dicho noble inglés permitióse decir que su prima lady O'Donnor sabia á ciencia cierta lo costoso que era el bello marqués de Condottier. Heresford, que era uno de los más afamados tiradores de pistola de Londres, cayó en tierra, no bien los padrinos hubieron dado la voz de mando.

Después de aquel lance, Daniel decía siempre en tono de broma que hasta entonces, jamás había tenido tantos amigos; siendo en efecto un hecho indudable que nadie juzgó oportuno captarse la enemistad de tan temible enemigo. Enseguida que el marqués penetraba, sea en el lugar destinado á pesar los caballos en el campo de carreras, bien en un salón ó en cualquiera otra parte, todo el mundo le tendía la mano. ¿Quiere esto decir que fuese universalmente estimado? Necesariamente no,

pues si así fuese, no habría sociedad posible. Por lo demás, y excepción hecha de Heresford, ya difunto, nadie había podido proferir contra Daniel una acusación precisa, pues aunque se murmuraba en voz baja, no podían traducirse esas murmuraciones más que como hablillas y cuentos sin importancia. Después de todo, no existe ningún hombre de los que brillan en París que no se hallen expuestos á ser el constante objeto de todos esos chismes, creados y difundidos las mas de las veces por la majadería y por la envidia. Pero de todas suertes, lo que era notorio é indiscutible es que cara á cara no se le prodigaban á Daniel sino cumplimientos, sonrisas y amistosos saludos.

El marqués se contentaba con eso. Era un hombre frío, metódico y sagaz, que juzgando la época en que vivía, pensaba que para no representar el papel de engañado en este mundo miserable, se hacía necesario recibir mucho y dar lo menos posible; así es, que todo gasto mediante el cual no pudiera obtener un probable resultado, lo consideraba completamente inútil. Si se hubiere visto atacado por diez hombres durante el día, hubiera sido capaz de defenderse hasta la muerte, pero si en la obscuridad de la noche se viese acometido por dos vulgares ladrones, volvería sin vacilar la espalda ó les entregaría el bolsillo para salir del paso. Cuando jugaba al *baccará*, comía poco, hablaba menos y trataba de equilibrar sus nervios todo lo posible con objeto de dominar la partida. Había tomado asimismo como regla de conducta el no arriesgar cantidad alguna á la Bolsa, fundándose en que allí

no tenía la seguridad de ser el más fuerte. Aparte de todo eso, era buen camarada y tenía clarísimo talento, pero tan caústico á veces, que dejaba las huellas de amoratado cardenal sobre la piel de todos aquellos á quienes hacía blanco de sus sarcasmos.

Habíase creado asimismo relaciones en la prensa, y se le citaba en ella como el más acabado modelo de elegancia y de buen gusto. Duc, el ya viejo y conocido parisién, que había ocupado el mismo sitio años atrás, se moría de envidia cada vez que leía uno de aquellos elogios, pues el joven marqués, con sus cabellos rubios y su bella apostura, parecía, si se le comparaba con Duc, un torpedero del último modelo al lado de una corbeta de vela del tiempo de Luis Felipe. En todos los *Ecos* de la prensa, citábasele á Daniel como el organizador privilegiado de *garden-party*, conductor sin rival de cotillón, y figurín destinado á decretar de la noche á la mañana si los chalecos debían de ser de seda satinada, si las orquidéas en el ojal de la levita representaban el gran tono, si el *smoking* quedaría reservado en adelante para el exclusivo uso de los comerciantes de loza, y si por fin los aficionados á la bicicleta, llegarían á figurar en las últimas capas sociales. Nada tiene de extraño por lo tanto, que el viejo Duc se arrancase los pocos cabellos que le quedaban al presenciar los triunfos de su rival.

Respecto á relaciones amorosas, siempre habían sido serias cuantas se le habían conocido á Daniel. Este sabía perfectamente dónde colocaba su amor,